

EL ALMA DE UN LIBRO

No sabía cómo había llegado hasta allí, ¿dónde me encontraba?

En ese instante, regresó ese atroz dolor de cabeza que tanto me aturdiría, y lo peor de todo, esos virulentos mareos que iban y venían sin más. De repente, me olvidé de todo aquello, porque vi un ser que durante tanto tiempo había extrañado, y ahora... ¿Allí? Era muy extraño, pues por más que le hablaba, hasta le gritaba, no se percataba de mi presencia. Pude notar cómo, su mirada entristecida, comenzó a dejar paso a esas lágrimas que durante tanto tiempo parecían haber estado retenidas. Yo, no pude evitarlo, y de verle así me puse en su situación.

¿Qué estaba pasando? ¿Por qué era todo tan extraño?

Entonces pude oír como una llave giraba lentamente en la cerradura al otro lado de la puerta. En ese momento me estremecí, mi respiración se agitó y, en unos segundos, pude comprobar con mis propios ojos el porqué. Ahora mis lágrimas brotaban a la misma velocidad que las tuyas, acompañadas de súplicas ignoradas. No pude verle el rostro a aquel ser que entró en aquel momento, pero tampoco me percaté de ello. Al instante, ocurrió algo muy extraño... me desperté.

Decidí que aquella tarde no saldría de la habitación hasta terminar de leer aquel dichoso ¿libro? No, era un... manuscrito, que tanto me estaba aturdiendo durante las últimas semanas, y que tantas ansias tenía mi abuela Claire por que lo leyera. No recuerdo bien lo que me dijo... ¿que si era algo único? ¿que si tenía mucho valor? No sé, pero fuera lo que fuere, me olvidé de ello, porque en el momento que abrí la primera página, me sumergí en un mundo que jamás habría podido llegar a explicar.

Me llamo Claire Holsman. Tengo diecinueve años, vivo en París con mi padre Alejandro y con su novia Emily. Me mudé hace poco, pues yo realmente soy londinense. Y me diréis, ¿qué hace una londinense en París? Pues por motivos de estudio. Mi sueño es dedicar mi vida a la literatura, ¿en qué ámbito? Ni lo sé yo misma, pero supongo que lo iré descubriendo conforme pase el tiempo.

Anticipo que yo ya sabía que mi padre me ocultaba ciertas cosas de temas tanto familiares como personales, pero lo que no sabía yo, era hasta qué punto era capaz de apartar a su propia hija de su vida y ocultarle cosas primordiales de su historia.

Por cierto, se me ha olvidado presentaros a mis dos mejores amigos, Antoine y Amelie. Ambos son franceses y encantadores. Son muy buenas personas, empáticas, afectuosas, respetuosas, resueltas, pero gracias a lo que me sucedió, pude ver que en su corazón se escondía algo mucho más grande que eso, se escondía ese afecto tan potente capaz de renunciar a sus sueños por mí.

Esa mañana, de hecho, comenzó todo:

—Bueno, pues hasta mañana —dije cerrando mi taquilla con cierto agotamiento.

—Hasta mañana, y descansa, anda, que menuda semana que llevas -me dijo Amelie mientras me dedicaba una mirada llena de cariño.

—Tienes razón, te haré caso —añadí mientras me acurrucaba en su cálido abrazo.

—¿Estás bien? —me preguntó al separarnos del abrazo al ver que estaba pálida como la pared.

—Sí, tan solo será el cambio de temperatura de aquí dentro hacia afuera.

—¿Seguro? —dijo mirándome preocupadamente.

—Sí, tranquila.

—¡Claire! —dijo mientras me daba la mano al notar cómo me balanceaba debido al mareo que tenía.

—Claire, vamos, que te acompaño al médico.

—Que no, que estoy bien, tan solo será una bajada de defensas o de azúcar. De verdad, que estoy bien, no te preocupes.

—Que no, por si acaso vamos al hospital. Imagínate que es algo grave.

—Que te digo que no, que yo conozco mi cuerpo y esto me ha pasado más veces cuando comenzaba el invierno —dije para quitarle gravedad al asunto.

—¿De veras?

—Que sí... ¡Qué pesada te pones cuando quieres!

—Bueno, pues nada, nos vemos mañana.

—Hasta mañana —contesté mientras me apoyaba en la fachada de un edificio para no perder el equilibrio y caer de bruces al suelo. ¿Qué me estaba pasando?

Lo cierto era que, aunque me sabía terriblemente mal, reconocía que le había mentido a Amelie. De hecho, ya llevaba un tiempo con esos mareos acompañados de insoportables dolores de cabeza que no tenían fin. Por más medicamentos que me tomaba, ninguno me hacía efecto. ¿Por qué? No lo sé. Era de lo más raro, hacía unas semanas, había ido al médico y este tan solo me había recetado una medicación. Ya no sabía qué hacer, era una desesperación continua.

Aquella tarde de hecho le hice caso a mi amiga y me fuí a Londres, a ver si allí conseguía despejarme. Pero no, no lo conseguí, al contrario, tan solo empeoré la cosa,

pues al entrar, noté cómo una sensación me consumía rápidamente hasta dejarme sin control propio del cuerpo.

Una sensación en la que se juntaban miles de emociones me iba recorriendo las venas poco a poco hasta apoderarse de mí.

Decidí irme al estudio y encender el reproductor de música para ver si conseguía relajarme. Pero tan solo lo empeoré. Definitivamente, salí del estudio y me dirigí hacia mi habitación, quería distraer mi mente. Pero, al entrar en ella, un sinfín de emociones me recorrían las venas. ¿Qué era? Era angustia, era preocupación, pero lo más extraño de todo, era miedo. ¿Por qué tenía miedo? ¿A qué tenía miedo? No lo entendía, no comprendía lo que me estaba sucediendo. Me senté en la cama porque temía que si seguía de pie me desmayara, pues las piernas me flaqueaban. Cerré los ojos y me pasé la mano por el rostro, en señal de cansancio. No podía más, ¿por qué la vida me ponía las cosas tan sumamente difíciles? ¿Por qué mi vida era tan complicada? Salí de mi habitación medio mareada y decidí ir a la habitación de mis padres donde había una estantería con medicamentos, a ver si alguno me hacía efecto. Pero al entrar a la habitación, fue la gota que colmó el vaso; pues una sensación incapaz de explicar me consumía, pero a la vez, una ira, una rabia, se concentraba en la boca de mi estómago pidiendo a gritos salir. ¿Qué me estaba ocurriendo? De nuevo, me senté en los pies de la cama y respiré hondo para intentar relajarme y quitarle importancia al asunto. Era como si la cabeza me diera vueltas, y me impedía pensar con claridad. Rápidamente busqué un medicamento para tomármelo cuanto antes e intentar que esta sensación se esfumara.

Pero no fue así. Me dirigí a la cocina, y esta vez fue la sensación más rara que yo había tenido durante toda mi vida, sentía ansiedad... preocupación... sufrimiento... miedo... La

cabeza me seguía dando vueltas, pero esta vez, en mi mente se reflejaban muchas imágenes que iban demasiado deprisa. No podía visualizarlas con claridad, era demasiado. Por ello, me tomé rápidamente la pastilla, cerré los ojos y me apreté la sien. Mi respiración se iba agitando y poco a poco comencé a ver más claramente las imágenes proyectadas en mi mente. Me senté en la silla de la cocina, pues temía caerme de bruces al suelo y que nadie pudiera socorrerme. Pasaron unos minutos y jamás de los jamases pude llegar a entender lo que mis ojos veían en aquellos instantes.

Abrí los ojos y al ver que había mejorado algo, pero necesitaba airearme, que prácticamente todo lo que tenía que hacer era despejarme, así pues, me levanté con decisión y me dirigí a la puerta que daba al exterior.

Hacía frío, mucho frío, tanto que me encogí de hombros e intenté mirar hacia el frente a pesar de la ráfaga de viento con la que me topaba, no podría aguantar esto mucho más tiempo, por lo que me refugié en un callejón. Allí respiré hondo y me animé a seguir adelante, por lo menos hasta la estación de tren que era hacia donde me dirigía principalmente. Salí del callejón en el que me había refugiado, el viento parecía haber aflojado su intensidad, así por lo menos, podía ver con mayor claridad. De repente noté como una figura a la que me era imposible describir detalladamente debido a que mis entrañables mareos volvían, me perseguía desde que había salido de casa. Intenté relajarme y acelerar el paso, pero los mareos y el atroz dolor de cabeza, no cesaba. Me estaba poniendo nerviosa y empezando a agobiar, no podía seguir a ese ritmo; poco a poco comencé a aflojar el paso, noté como la respiración se me aceleraba y el corazón me iba a mil. Cada vez aflojaba más y más el paso, hasta que me paré en seco en mitad de la calle, recibía empujones, empellones y codazos de la gente que pasaba por mi lado, pero, en ese instante, yo no sentía nada, pues era como si estuviera yo sola en la calle,

sin nadie más, pero, no, no lo estaba. Volví a la realidad, y ví como esa figura se iba aproximando cada vez más a mí. Empecé a correr, pues me estaba agobiando, de repente, llegué a un callejón sin salida y me metí en él para despistarla. Tenía taquicardias, la respiración agitada y las piernas me flaqueaban. Los mareos volvían, así que tan solo pude apoyarme en la pared y respirar hondo. De repente ví, cómo esa figura se iba viendo más y más clara. Era una mujer, una mujer que iba tapada hasta arriba por un abrigo, una bufanda y un gorro, lo que impedía la visualización de su rostro. Las pulsaciones se me aceleraban, las piernas me temblaban, y los mareos iban a más. Me faltaba el aire, me costaba respirar, entonces suspiré profundamente y en ese instante, me desmayé.

Desperté en una jaula, en un lugar frío y oscuro, apenas un débil rayo de luz se colaba a través de un pequeño ventanal. Ese lugar aparentaba ser un sótano, pero apenas le di importancia, pues la cuestión era: ¿cómo había llegado hasta allí? ¿Me habría traído la mujer esa a este sitio?

De una cosa sí que me percaté: que desde que desperté los mareos y los dolores de cabeza eran, aún si podían, más ¿profundos? más ¿intensos?

No podía más... ¿Qué había hecho yo para merecer esto? ¿Por qué? Tenía unas ganas terribles de gritar y desahogarme, pero ese grito, salió en forma de lágrima.

—¿Por qué mi vida era tan sumamente complicada? -pensé mientras las lágrimas ya me recorrían la mejilla. Siempre intentaba ser fuerte, siempre intentaba mostrar mi lado más vigoroso en las situaciones de la vida, pero llegaba un punto que mi fuerza y valor tenían unos límites. Rompí a llorar en aquel lugar silencioso y oscuro que me rodeaba. ¿Cómo iba a regresar a casa? ¿Cómo saldría de allí?

La cabeza me iba a estallar de un momento a otro, así pues, decidí cerrar los ojos y que el cansancio y el agotamiento me consumieran por completo.

Era tal el cansancio que acumulaba que, nada más cerrar los ojos, me sumergí en un profundo sueño... Un peculiar sueño que me llevaría a comenzar a darle sentido a mi vida y a mi historia...

De nuevo me encontraba en un extraño lugar, un lugar con cierta similitud al de donde yo había estado hasta hacía unos segundos. Un lugar oscuro, frío, pero, con una pequeña diferencia, allí no estaba sola, pues había un ser que me resultaba más que familiar. Me fui acercando poco a poco a él y cada vez pude comprobar más sutilmente a quién estaba observando. Se trataba de una mujer de unos treinta y pico de años. Una mujer delgada, de pelo castaño claro, de piel muy blanca. En su rostro se podían ver unas pocas pecas, sus ojos eran... no podía percibir su color de ojos claramente, pues estos estaban humedecidos por lágrimas. Pero no me hizo falta verlo, pues mientras hacía su descripción física mentalmente, de mis ojos iban brotando lágrimas jamás imaginadas. Pues la mujer que yo tenía ante mis ojos era mi madre. Un ser al que tanto añoraba, que tanto deseaba ver, y lo tenía ante mis propios ojos. Pero lo extraño es que ella no se percataba de mi presencia. Por más que yo le hablaba, era como si yo no existiera para ella. En ese instante una llave que giraba lentamente tras la puerta me distrajo de todos esos pensamientos al ver el cambio de expresión de su rostro. Las lágrimas fluían como cataratas por sus mejillas sin apenas dejarla respirar. Yo me estremecí observando la situación, entonces pude notar como una lágrima se deslizaba de nuevo por mi mejilla, pero en ese instante; el movimiento de una llave al abrir una puerta me despertó y me hizo regresar a la realidad.

Aún con el corazón encogido, pude ver como esa mujer que probablemente me había traído hasta allí, iba bajando unas escaleras hasta llegar a mi altura y quedarse frente a mí.

Yo decidí interrumpir ese silencio con todos los pensamientos que se me venían en ese instante a la cabeza.

—¿Quién eres? —susurré con la voz temblorosa—. ¿Por qué me has secuestrado?

La mujer me dedicó una sonrisa afilada que hizo que me estremeciera aún más y que se me pusieran los pelos de punta.

—¿Me vas a contestar de una vez? —insistí perdiendo la paciencia.

—Niña, en primer lugar, deberías saber que a la gente mayor que tú, hay que tratarla con respeto.

—¿Acaso tú me lo ofreces a mí, para que yo te lo deba tener a ti? —vacilé sin más. Esa mujer ya me caía mal antes de conocerla desde luego, pero ahora, peor aún si podía.

La mujer volvió a reírse con esa sonrisa pícara que estaba empezando a aborrecer.

—Bueno, ¿qué, me has traído hasta aquí para quedarte mirándome y sonreírme? —dije desesperada.

—¿No me vas a preguntar cómo me llamo? —me dijo perpleja.

—No es que me interesé la verdad —le contesté bufando—. Pero, estoy segura de que si te lo pregunto no me contestarías así que...

—Como imaginaba Claire Holsman, tienes tu genio... —dijo mientras sonreía de nuevo.

—Pues sí, todo el mundo saca su genio alguna vez ¿no? Por ejemplo, tú lo has hecho al secuestrarme.

—No querida, no. Yo esto no lo he hecho como cuestión de diversión; lo he hecho por venganza.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral hasta dejarme helada.

—Y se puede saber, ¿por qué?

—¡Claro! Todo, absolutamente todo, se lo debes a tu padre. Tu madre; bueno, tu madre fue una inocente más que cayó en su encanto, pero más tarde también la traicionó...

—¡Cállate! —le ordené conteniendo las lágrimas, pero eran unas lágrimas de pena mezcladas con ira.

—Repite eso, y te juro que te arranco los sesos —me dijo desafiante.

—Atrévete a tocarme —dije levantando el mentón. - ¡Atrévete!

La mujer se dió media vuelta y se dirigió hacia una mesa de madera llena de polvo, y después a una vitrina con telarañas. No pude ver muy bien lo que cogió, pero hizo una mezcla rara y me la entregó.

—¡Bebe!

—¿Estás de broma, no? —le dije dedicándole una sonrisa burlona.

—No, no lo estoy. Yo no soy tan bromista como tú —contestó entrecerrando los ojos.

—Bébetelo o ya te puedes estar despidiendo de ti misma —me dijo acercándose a mí desafiante.

Sin más dilación me bebí el líquido ese que tantas ansias tenía aquella mujer por que me bebiese, cosa que no era buena señal, si ella quería que me lo bebiera, no era nada bueno. Pero, tuve que hacerlo, por obligación.

Cuando hube terminado de beber el último sorbo, un sueño se apoderó de mí, los ojos me pesaban, estaba inmóvil, no podía apenas mover un músculo, sentía como si el cuerpo me pesara. Lo último que vi, fue esa sonrisa burlona de esa mujer a la que tanto había aborrecido.

De nuevo, me sumergí en un sueño delatador...

Pero, este fue muchísimo más... intenso..., muchísimo más... cruel.

Pero, gracias a él, me di cuenta de algo, me di cuenta de que durante todo este tiempo había tenido una venda en los ojos y no había sido capaz de ver a través de ella; pero gracias a este sueño, esa venda se había desprendido de mis ojos y, por fin, era capaz de ver con claridad todo lo que me rodeaba...

En el sueño, estaba en mi casa. Sin saber por qué, el corazón me latía a mil, las piernas me flaqueaban, y tan solo podía observar mi casa de hacía unos años. Algo bullía en mí provocándome una atroz intranquilidad, pues presentía que pasaría algo malo. Desde que mi madre murió, mi padre siempre me había dicho que había muerto por una enfermedad. Pero yo sabía que mentía, que eso no era verdad. Y ahora descubrí la verdadera historia. La verdadera muerte de mi madre.

Mi madre corría por mi casa desesperada, inquieta. Se asomaba a cada una de las habitaciones de mi casa para intentar detener a su asesina. Podía apreciar cómo sus lágrimas se derramaban descontroladamente, aunque para mí era como si derramara sangre por los ojos. Rompí a llorar en aquella intensa situación que tanto me estaba

aturdiendo. Con una mano oprimiéndome el pecho y otra limpiando mis lágrimas, gritaba, pero me daba cuenta de que no servía para nada.

—¡Para! ¡Déjala! -gritaba mientras corría hacia donde estaba la asesina que perseguía a mi madre con un arma blanca por toda la casa.

Mi madre corría desesperada de una habitación a otra pero, por más que lo hacía, no conseguía nada; de repente, la asesina se hartó, y amenazó a mi madre con el arma a centímetros de ella. Por más que intentaba escapar, no podía, pues la había acorralado y la tenía agarrada con fuerza para que no escapara. Y... sí... la asesina... sí... lo hizo... la mató.

—¡No! —grité mientras veía con mis propios ojos inundados de lágrimas cómo asesinaban a mi propia madre. Cuando ella cayó al suelo desangrándose por el cuello, yo me giré mientras me oprimía el estómago y me agachaba poco a poco debido a la falta de... ¿fuerzas?... sí, sentía que ya no tenía fuerzas para seguir viviendo.

Entonces fue en ese suspiro cuando me desperté y volví a la realidad...

En la realidad el dolor era aún más potente, si podía. Las lágrimas brotaban de mis lagrimales descontroladamente. Sentía que no podía más, pues si ya era doloroso el hecho de que mi madre falleciese, el haber estado engañada durante tantos años y a los diecinueve ver la verdadera historia de su muerte lo era más. Y lo más doloroso de todo es ver cómo asesinan a tu propia madre ante tus ojos y no poder hacer nada.

Tenía un remordimiento que me estaba quemando por dentro...

Pero, en ese instante, me percaté de un detalle... Aquellos sentimientos que tenía mi madre al entrar a cada habitación y aquellos sentimientos que yo había tenido esa misma tarde en mi casa, eran, eran los mismos. ¿Cómo era posible? ¿Por qué?

—¿Cómo es posible? —dijo una voz procedente de la entrada de ese sótano

Alcé la vista, y cómo no, era aquella mujer que me había secuestrado.

En ese instante, comencé a atar cabos, o más bien ideas. Todo no era relativo, todo tenía sentido.

—Tú —dije con la voz aún entrecortada por las lágrimas.

—¿Cómo, te has despertado? Si se suponía que...

—Tú ¡mataste a mi madre!

—Madre mía, sí, te has despertado, pero medio loca...

—¡Eres una asesina! Y ahora, por supuesto, quieres hacer lo mismo conmigo...

—Sí, definitivamente, estás loca.

—¿No te das cuenta? ¡Qué no me interesa! ¡Qué no me importa lo que me digas!

—me gritó furiosa.

—Pues te lo aseguro, te debería importar —dije mientras pensaba en cómo escapar de allí.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? ¿Por qué me debería importar a mí algo que me dice una niña de diecinueve años?

—Porque puedo ser más temible de lo que crees —dije mientras me quitaba una horquilla de mi pelo e intentaba abrir la especie de jaula donde me había encerrado.

La mujer comenzó a reírse con la sonrisa pícaro y afilada que tanto odiaba. Al fin y al cabo, me daba pena, la mujer era así de desgraciada pues no tenía otra sonrisa más bonita.

Viendo que no se abría le di una patada que hizo que, al fin, se cayera a pedazos y pudiera salir de esa jaula que tanto me estaba abrumando.

Ahora, tan sólo quedaba atravesar prácticamente todo el sótano para salir de allí de una vez, ya que la puerta estaba abierta. No podía hacer ruido, pues la mujer tan solo

se había girado a preparar otra bebida rara de esas que me había dado antes para que me durmiera. Resumiendo, debía ser rápida y sigilosa si quería salir de allí.

Pero, la madera de la que estaba hecha el suelo, crujía y mucho...

La mujer, en cuanto vio que me había escapado de la jaula, se aproximó a mí y empuñando un arma blanca, me amenazó.

—¡Atrevete! ¡Atrévete! Venga, tócame y te juro que...

—¿Qué? ¿Me juras qué?

—Que te pudres en la cárcel. ¡Asesina! ¿No te da vergüenza?

—¿Vergüenza? ¿El qué?

—Que mates a mi madre y ahora me secuestres y me quieras matar a mí — contesté mientras las piernas me temblaban y ella se iba aproximando cada vez más y más a mí.

De repente, vi algo que me descolocó. En ese momento, quise echarme a llorar aún más intensamente. Ya sabía quién era la asesina, pero, no, era imposible...

—¡Emily! —grité

—¿Qué hablas?

—Tú eres Emily, la novia de mi padre.

Esas pupilas, de un negro tan intenso, y ese iris verde pardo. Era reconocible a primera vista. ¿Cómo no me había dado cuenta? Pero, esa no era la cuestión, la cuestión era que Emily, la novia de mi padre, había asesinado a mi madre y ahora estaba a punto de asesinarme a mí.

—¿Cómo has podido? —grité sin poder controlar mi furia.

Mi padre se había enamorado de una asesina con la que convivamos todos los días.

—Nunca me caíste bien, pero jamás pensé que fueras capaz de hacer esto.

—Bueno, pues recuerda la última lección de tu vida. Las personas pueden ser muy distintas a lo que aparentan ser.

En ese instante la rabia se apoderó de mí y, sí, le hice frente. Me agaché rápidamente, me colé entre sus piernas y la empujé con fuerza contra la pared. Y corrí... corrí sin rumbo, tan solo quería escapar de ese infierno en el que había encontrado la verdad. Creo que nunca en mi vida había corrido tanto, pero mereció la pena.

Esa noche tuve un sueño que le dio sentido a todo, a todo lo ocurrido, a toda mi historia, a toda mi vida.

Jamás pensé que el alma de un ser humano pudiera estar conectada con la de otro, pero ahora no lo pienso, lo creo.

En mi sueño, las protagonistas, por primera vez, éramos mi madre y yo. Este sueño no fue cruel, no, fue ¿orientativo?, sí, orientativo.

—Claire, una de las cosas que te dije que recordarás siempre ¿Qué era?

—Que tú siempre ibas a estar conmigo, que nunca me abandonarías, que nunca estaría sola.

—¿Y creías que mentía?

—Bueno...

Pero ahora me doy cuenta de que no, no mentía...

Su alma y la mía, estaban conectadas, esa sensación que yo tenía aquella tarde al entrar en cada habitación era por eso. Aquellos mareos, aquellos dolores de cabeza.

Ella había querido que yo supiera cómo murió, por eso tuve esos sueños.

Desde aquel momento supe que nunca estaría sola, que ella siempre me acompañaría en lo bueno y en lo malo.

Me habían mentido durante toda mi vida, sí, pero tuve que aceptarlo.

Siempre me callé, siempre me guardé las cosas para mí, todo para mi interior, la única manera de desahogarme era escribiendo aquí, y pensar que esto lo leería alguien de otra generación.

Nunca declaré ni entregué a la persona que más daño había causado en mi vida... Nadie lo sabía, pero mi corazón sí.

Por eso, querido lector, tú que estás leyendo esto, quiero decirte que nunca te guardes las cosas para ti, para dentro, todo para dentro. No, sal ahí fuera y pelea por lo que es justo, porque vida solo tenemos una, y no es precisamente para que nos la amarguemos nosotros mismos, no, es para disfrutarla y para ello, es necesario que digas y que te digan la verdad.

Porque si para algo es este escrito, es para que tú sepas la verdad de tus antepasados, que conozcas tu historia, que te cuenten tu historia, no como yo, que nunca la supe.

Cerré el libro con la mano temblando, y con una sonrisa dibujada en mi rostro, cuando mi abuela Claire me llamó para merendar.

—¡Ya voy! —le contesté mientras miraba por la ventana y oprimía el libro contra mi pecho aún sonriendo. Y decía:

—Cuanta razón tenías, abuela.